

El hombre contemporáneo vive dominado por la idolatría del trabajo



De izquierda a derecha, el moderador, Dieter Joswig; el doctor Gamba, ponente, y José Rodríguez Soler. (Foto Carvajal.)

El ciclo «Cristianos y política», organizado por el Aula Jovellanos de YA, comenzó el pasado martes con una intervención de Rafael Gamba Ciudad, doctor en Filosofía y catedrático, que habló sobre «La idolatría del trabajo» (repercusiones políticas para el cristiano). El doctor Gamba fue presentado por Angel Sánchez de la Torre; comenzó su conferencia expresando su admiración por la persona de Jovellanos, del cual recibe el nombre el Aula. «Jovellanos —dijo— es para mí un símbolo, pues estando profundamente arraigado en la fe católica, supo dar soluciones y proyectos, demostrando que el Antiguo Régimen no estaba agotado y que murió no por consunción, sino por la revolución y el napoleonismo»; lo que empezó en la guerra de la Independencia culmina en nuestros días hasta el punto de hacer cierta la frase de Tito Livio: «Hemos llegado a un tirano en que no podemos soportar ni nuestros vicios ni sus remedios.» El hombre contemporáneo vive dominado por una única idolatría, la del trabajo, que procede de la concepción marxista. Marx hace del trabajo una religión con la que transformar la realidad. «El hombre no se siente ya ante un cosmos contemplable y amable, sino ante un caos sobre el que debe proyectar sus necesidades y sus limitaciones.» Citó a Bernanos cuando afirma que hoy existe una inmensa conspiración contra la vida interior, contra el sentido de la vida, que se convierte en una frustración universal. El hombre se ha encerrado en un círculo vicioso en el que la vida y los medios para mantenerla generan un dinamismo del que se excluye el instante contemplativo que es lo diferenciador del hombre y lo único que puede romper ese círculo.

Afirmó que vivimos en una época de extraordinario esplendor de la técnica, pero, sin embargo, nunca se han producido tantas huidas del hombre. Huidas hacia la droga, los viajes o la meditación trascendental y el ocultismo que responden a una búsqueda de fines. Dijo que la técnica siempre tendrá que estar al servicio de un impulso civilizador y que el cristianismo salvó la civilización tanto de los bárbaros como del Islam, así como la civilización de los pueblos americanos. Se refirió a un cristianismo vivencial —contagiado de la misma idolatría del trabajo— que intenta adaptarse tanto a la democracia como a la revolución marxista y que debe recuperar su propia identidad. Concluyó afirmando que en una sociedad redimida de nuevo por el cristianismo, «un Estado cristiano sabría aprovechar todo lo que la técnica ha logrado» y describió esa sociedad posible como un mundo en el que un nuevo sentido de la vida haría que ésta tuviera otra calidad y en la que los hombres serían menos ricos y menos afanosos pero más felices.